

Senderos de una historia social, cultural y política de la muerte¹

Sandra Gayol*

Resumen

El artículo se basa en una selección parcial y personal de estudios sobre la muerte realizados por historiadores. Comienza con la constitución de un campo de estudios que se inició como una historia social de la muerte focalizando en las obras de Michel Vovelle y Philippe Ariès. Muestra el impacto y apropiación dispar que ambos autores tuvieron entre los historiadores y esboza, al mismo tiempo, algunas razones que podrían explicar este derrotero. Luego menciona algunos trabajos claves para pensar una historia social, cultural y política de la muerte en las sociedades contemporáneas.

Palabras claves: muerte - historiografía - historia social - historia cultural - historia política

Abstract

The paper is based on a partial and personal selection of studies on the death realized by historians. It begins with the constitution of a field of studies that initiates as a social history of the death focusing in Michel Vovelle's and Philippe Ariès' works. It shows the impact and unlikely appropriation that both authors had between the historians and outlines, at the same time, some reasons that might explain this course. Then the paper mentions some key works to think about social, cultural and political history of the death in the contemporary societies.

Key words: death - historiography - social history - cultural history - political history

Recepción del original: 21/09/2015

Aceptación del original: 28/10/2015

Hasta no hace mucho tiempo la muerte como objeto de estudio ocupaba un lugar marginal entre los historiadores. A diferencia de la constante preocupación que la muerte provoca en la vida social de hombres y mujeres, del lugar siempre central en las artes, en la filosofía y en la religión, y de los aportes que desde sus orígenes como disciplina brindaron la antropología o la sociología, los historiadores se sumaron tardíamente a producir conocimientos sobre el tema.

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS). E-mail: sandra.gayol@gmail.com

¹ Este artículo es una versión ligeramente modificada de la conferencia pronunciada en las V Jornadas Nacionales de Historia Social, La Falda, 13 de mayo de 2015.

En 1941, en un artículo aparecido en *Annales*, Lucien Febvre escribió una constatación y un deseo: “no contamos con una historia del Amor, piénsese en ello. No contamos con una historia de la Muerte [...]”. Este vacío historiográfico apenas era indirectamente invocado por quienes se interesaban en los comportamientos demográficos. Precisamente, fueron estas investigaciones las que pusieron de relieve las altas tasas de mortalidad infantil y la importancia de la mortalidad en general en las sociedades de Antiguo Régimen. El artículo de Pierre Goubert sobre los problemas demográficos de Beauvaisis en el siglo XVIII publicado en 1952 en la revista *Annales* será el puntapié para la sucesiva proliferación de monografías de demografía histórica que especialmente a partir de los años ‘60 van a incluir un capítulo consagrado a la mortalidad, mortalidad “ordinaria” y mortalidad de crisis.² Estudios similares fueron emprendidos también por la misma época en otros países de Europa y de América Latina.³ Concentrando la atención sobre la mortalidad, los historiadores de los años ‘50 y ‘60 formados por Ernest Labrousse, dejaron de interesarse en el problema de la muerte. La mortalidad mató a la muerte.⁴

Había, sin embargo, unos pocos trabajos desde otra perspectiva. En 1927 Bernhard Groethuysen en *La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo XVIII* analizaba la actitud ante la muerte de la burguesía basándose en la información que le ofrecían los sermonarios y las obras de predicación. En 1952 Alberto Tenenti publicó un estudio sobre la vida y la muerte a través del arte en el siglo XVI y, en 1958, *Il senso della morte e l'amore della vita nel Rinascimento* en donde reconstruía, haciendo hablar a la elite, la mentalidad colectiva de los siglos XIV, XV y XVI en Italia y Francia, con alusiones a otros Estados europeos. Tres títulos importantes, por supuesto, pero no suficientes como para hablar de la existencia de un campo de estudios.⁵ Fue la renovación de la Escuela de Annales a través de su célebre pasaje del “sótano al desván” la que habilitó la legitimación de un estudio académico de la muerte.⁶

Comenzó siendo “únicamente un jardín a la francesa cuyo monopolio tenían los modernistas.”⁷ En el primer apartado de este artículo me detendré brevemente en dos integrantes de este primer jardín: Michelle Vovelle y Philippe Ariès pues, como sostuvo Claudio Lomnitz en la introducción de su libro *Idea de la muerte en México* editado en 2005, “las obras de Philippe Ariès, Michel Vovelle siguen generando secuelas e imitaciones en todo el mundo”; y como considera Sara Covington en su artículo *Death and Dying*

¹ Citado por Peter BURKE, *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales: 1929-1989*, Barcelona, Gedisa, 1989, p. 36. En el cuerpo central del texto me referiré siempre a *Annales* sin especificar las variaciones en el título que sufrió varias veces la publicación.

² Pierre GOUBERT, “Beauvaisis, problemes démographiques du XVIII”, *Annales ESC*, 1952.

³ Véase por ejemplo Michael FLIM, *The European Demographic system, 1500-1820*, Baltimore, The John Hopkins University Press, 1981. Los trabajos de demografía histórica sobre México, por ejemplo los de Miguel Angel Cuenya Mateos, se inscribieron prontamente en esta perspectiva analítica.

⁴ André BURGUIÈRE, “Le long voyage de L'Homme et la mort”, disponible en: http://www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/comm_0588-8018_2007_num_82_1_2438. Consultado el 2 de mayo de 2015.

⁵ Bernhard GROETHUYSEN, *La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981. Alberto TENENTI, *Il senso della morte e l'amore della vita nel Rinascimento*, Turin, Giulio Einaudi editore, 1957. El libro de Tenenti fue reeditado en 1989, el autor suma una conclusión en la que traza el derrotero de la historia de las mentalidades y cuestiona especialmente los trabajos de Ariès y Delumeau por el tratamiento sincrónico de la historia. Quizás sea el libro del filósofo Edgard Morin el más influyente, en Francia, de los trabajos que serán fundamentales para la constitución de un campo específico de estudios históricos. Edgard MORIN, *L'homme et la mort*, Paris, Correa, 1951.

⁶ Para ver el impacto de este pasaje en la producción historiográfica francesa y en buena medida occidental: Peter BURKE, *La revolución historiográfica...* cit. Jacques REVEL, *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social*, Buenos Aires, Manantial, 1995.

⁷ Es una frase de Michel Vovelle citada por André BURGUIÈRE, “Le long voyage...” cit.

publicado en 2012, “la influencia de Ariès sigue siendo enorme y la sombra de sus trabajos, junto con Vovelle, predominan todavía hoy entre los modernistas”.⁸ Más que desmenuzar los aportes de Ariès y de Vovelle al campo de estudios sobre la muerte, hoy demasiado conocidos, me interesa mostrar el impacto y apropiación dispar que ambos tuvieron entre los historiadores y esbozar, al mismo tiempo, algunas razones que podrían explicar ese peculiar derrotero. Si, como sostengo, Ariès ingresó tardíamente, a diferencia de Vovelle, al panteón de los historiadores de la muerte, fue rápidamente reconocido por antropólogos, sociólogos, médicos y psiquiatras. Explorar las razones de esta asimetría remite al campo disciplinar de la historia y a sus nexos, o ausencia de ellos, con los debates políticos y académicos contemporáneos.

Philippe Ariès y Michel Vovelle son autores fundamentales. Sin embargo, son claramente insuficientes para pensar una historia política de la muerte. En el segundo apartado recupero algunos estudios que, a mi entender, pueden ayudarnos a estudiar y explicar las relaciones entre la muerte, los muertos y la política. De la multiplicidad de vínculos que pueden anudarse me interesa especialmente la relación muerte/Estado. Sabemos que el Estado mata, aniquila los cuerpos muertos, repara en dinero a los familiares por los actos de desaparición forzada, gestiona administrativamente los cuerpos y reconoce una muerte, autoriza la inhumación o la cremación. De este conglomerado de vínculos me detendré en algunos trabajos que brindan herramientas conceptuales y/o metodológicas significativas para pensar las muertes que el Estado celebra y conmemora, pues construyen su gloria; y las muertes violentas que el Estado provoca -a través de sus burocracias y agencias específicas- y que disparan movilizaciones y demandas a los poderes públicos.⁹

La muerte es una experiencia universal y una preocupación académica global. Es imposible, entonces, aprehender y articular de un modo coherente la cantidad impresionante de estudios disponibles. Las páginas que siguen proponen un recorrido necesariamente parcial y personal de trabajos que fui descubriendo, y sigo encontrando, en el curso de mi investigación.¹⁰ No es un estado del arte sino una selección y un punto de vista particular, y a su turno opinable y controversial, sobre un tema que hace más de un siglo viene interesando a las ciencias sociales y humanas.

En los inicios una historia social de la muerte

En 1970 Michel Vovelle publicó *Vision de la mort et de l'au-delà en Provence d'après les autels des âmes du Purgatoire*, en 1973 *Piété baroque et déchristianisation* cuyo subtítulo explica el fin y el enfoque: «las actitudes ante la muerte según las cláusulas de los testamentos»; en 1974 *Mourir autrefois. Attitudes collectives devant la mort aux XVII^e et XVIII^e siècles*, y en 1983 *La mort et l'Occident de 1300 á nos jours*.¹¹

⁸ Claudio LOMNITZ, *Idea de la muerte en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 11. El autor incluía también a Pierre Chaunu y Jean Delumeau. Sara COVINGTON, “Death and Dying”, *Renaissance and Reformation*, disponible en: <http://dx.doi.org/10.1093/obo/9780195399301-0118>. Consultado el 22 de abril de 2015.

⁹ Como señalaré más adelante soslayo la inmensa cantidad de títulos abocados a estudiar las masacres y genocidios del siglo XX-XXI, que han constituido un campo de investigación autónomo. Me concentro particularmente en los aportes que brindan trabajos sobre muertes violentas en “situaciones normales”, es decir, en democracia y en un contexto de vigencia, al menos en teoría, de los derechos políticos y civiles.

¹⁰ Mi proyecto de investigación se articula a partir de la política de la muerte desplegada por el Estado argentino en el siglo XX a través de dos expresiones: los funerales públicos y/o estatales en el curso del siglo XX; y las muertes violentas provocadas por el Estado a seres indefensos desde la reinstauración democrática en 1983 hasta mediados del 2000. Esta última perspectiva la realizo conjuntamente con Gabriel Kessler.

¹¹ Gaby VOVELLE y Michel VOVELLE, *Vision de la mort et de l'au-delà en Provence d'après les autels des âmes du*

No es mi intención desmenuzar una obra compleja, sutil, que ha sido objeto de muchas lecturas. Escogeré algunas ideas motoras y algunos axiomas que en mi opinión ayudan a comprender el posicionamiento de Michel Vovelle como *EL* historiador de la muerte entre la comunidad de los historiadores, especialmente en los años '70 y '80 del siglo XX. Sin duda Vovelle marca una ruptura con el pseudo-determinismo de la historia social de la mortalidad que establecía un vínculo estrecho entre el cambio de las actitudes hacia la muerte y la evolución de la mortalidad. En *Piété baroque et déchristianisation*, el análisis serial y las evaluaciones cifradas son usadas para el «tercer nivel»: pedido de misas, legado a las cofradías religiosas, etc, indicadoras de las actitudes ante la muerte que le permitía, sostenía, abordar su interés mayor: la descristianización. Historiador de inspiración marxista y de ningún modo indiferente a las contradicciones del sistema social o a las condiciones materiales, explica sin embargo los cambios por la difusión de las Luces, de la Ilustración. Al final, en *La mort et l'Occident de 1300 á nos jours*, gran síntesis que corona años de investigación y que es también una réplica al libro de Ariès, Vovelle reajusta su interpretación madre y muestra la voluntad de articular el movimiento de las estructuras sociodemográficas a la evolución intelectual y a las transformaciones de las actitudes colectivas.

La destreza en el manejo de documentos muy diversos y la serialización de temas, objetos, gestos, sentimientos, despojaron a su autor de cualquier sospecha de impresionismo. Vovelle propuso un programa de investigación que calzaba muy bien en la historiografía dominante: la única manera de abordar convenientemente la historia de la muerte es tomarla como un todo: una historia vertical o total, de abajo hacia arriba, de la agonía al más allá, de la demografía a la historia de las ideas; una historia desplegada en el tiempo largo, remontando de lo conocido de la muerte contemporánea a lo menos conocido de la muerte del pasado. Partía de la “muerte sufrida” o cifras demográficas, luego la “muerte vivida” o toda la red de ritos o ceremonial que acompañan al fenómeno, y terminaba con el “discurso sobre la muerte” que estructura, sostenía, de forma consciente aquello que de inconsciente tenía el estrato anterior y que varía según las épocas históricas.

Es sabido que en paralelo a la obra de Vovelle se publica, en 1977, *L'Homme devant la mort* de Philippe Ariès.¹² Este libro fue precedido por otro que podría pensarse como expresión del sostenido interés de Ariès en el tema de la muerte: *L'Histoire des populations francaises et de leurs attitudes devant la vie depuis le XVIIIème siècle*.¹³

En 1977, cuando se publicó *El hombre ante la muerte*, los estudios históricos estaban en plena expansión.¹⁴ Siguiendo las estadísticas francesas en 1951 se publicaban en Francia uno o dos títulos por año. La frecuencia aumenta después de 1965: 8 títulos en 1968, 10 en 1970, 18 en 1975, más de 50 en 1976.¹⁵ Estudiar la muerte no era, entonces, una novedad -como había sido estudiar la infancia una década antes-, sí era disruptor la forma en que Ariès la aborda.

Purgatoire, Paris, Colin, 1973. *Piété baroque et déchristianisation. Les attitudes devant la mort d'après les clauses des testaments*, Paris, Plon, 1973. *Mourir autrefois. Attitudes collectives devant la mort aux XVIIè et XVIIIème siècles*, Paris, Gallimard, 1974. *La mort et l'Occident de 1300 á nos jours*, Paris, Gallimard, 1983 (reeditado en 2000 con una nueva introducción actualizada).

¹² Philippe ARIÈS, *L'homme devant la mort*, Paris, Seuil, 1977. Vol. I. *Les temps de gisants*. Vol. II. *La mort ensauvagée*. El castellano: *El Hombre ante la muerte*, Taurus, 1983.

¹³ Philippe ARIÈS, *L'Histoire des populations francaises et de leurs attitudes devant la vie depuis le XVIIIème siècle*, Paris, Seuil, 1971 (1945).

¹⁴ No es una particularidad de la disciplina histórica. Está sucediendo lo mismo en la sociología y la antropología. Puede consultarse: Sandra GAYOL y Gabriel KESSLER, “La muerte en las ciencias sociales: una aproximación”, *Persona y Sociedad*, vol. XXV, núm. 1, 2011, pp. 51-74.

¹⁵ Michel VOVELLE, *La mort et l'occident de 1300 á nos jours*, Paris, Gallimard, 1983, p. 741.

Insensible al recurso canónico de un mínimo de determinismo socio demográfico, Ariès desafía incluso la larga duración trazando las actitudes hacia la muerte desde la implantación del sistema de creencias en la época de cristianización del mundo romano hasta el siglo XX. Hay una relación, sostiene, entre los cambios en el sentimiento de familia y la actitud ante la muerte. Ésta, a su vez, está en relación con las variaciones en la conciencia de sí y del otro. Es precisamente esta interconexión entre los cambios en la idea de la familia y la actitud ante la muerte en la larga duración la que le permite trazar los hilos del proceso de individuación de la muerte en las sociedades europeas occidentales que es, creo, la idea maestra del autor.

La perspectiva de muy larga duración, habitual en la historiografía, se elige por una convicción: "los cambios del hombre ante la muerte son de por sí muy lentos, o se ubican entre largos períodos de inmovilidad. Los contemporáneos no perciben estos cambios, porque el tiempo que los separa supera al de varias generaciones y excede la capacidad de la memoria colectiva."¹⁶ Las rupturas y las continuidades no son, sin embargo, recuperadas a partir de la serie y la cuantificación sino a través de una aproximación cualitativa sustentada en una diversidad notable de documentos: testamentos, novelas, fuentes litúrgicas y arqueológicas, iconografía. Es en las clases dominantes en donde se manifiesta primero la innovación. La difusión de arriba hacia abajo, luego muy criticada, atraviesa los cuatro modelos que articulan la reflexión: la *muerte domesticada* (hasta el siglo XII), la *muerte propia* (desde el siglo XII hasta fines del siglo XVIII), la *muerte del otro* (en el curso del siglo XIX hasta mediados del siglo XX) y la *muerte invertida* (en la época contemporánea).

En la *muerte domesticada* el individuo cuando sentía la muerte próxima se preparaba para recibirla en la cama. La muerte era una ceremonia pública, sencilla en los ritos, organizada por el moribundo. A partir de los siglos XI-XII, en la *muerte propia* se produjo una reconciliación entre tres categorías de representación mental: la de la muerte, la del conocimiento de cada uno de su propia biografía y la del apego a las cosas que se poseyeron en vida. A partir del siglo XVIII se tiende a dar un sentido nuevo a la muerte, se la exalta y dramatiza. Pero el hombre no está tan preocupado por su propia muerte sino por la *muerte del otro*, cuyo lamento y recuerdo inspiran en los siglos XIX y XX el nuevo culto de las tumbas y los cementerios. A inicios del siglo XX, en América del Norte, Inglaterra y parte de Europa del Norte se perciben diferencias en los protocolos de los funerales, las costumbres del duelo y el rol del moribundo. Se tiende a evitar, no ya al moribundo, sino a la sociedad y el entorno, el malestar y la emoción provocados por la agonía y la muerte. En efecto, entre 1930 y 1950, la evolución va a precipitarse por el desplazamiento del lugar de la muerte, pues ya no se muere en medio de los suyos, sino en la soledad del hospital. La muerte está prohibida en el espacio público.

Son conocidas algunas coincidencias y especialmente las diferencias metodológicas e interpretativas entre Vovelle y Ariès (por ejemplo en relación al papel del cristianismo en la historia, en cómo pensar el cambio cultural y la temporalidad, así como el rol del inconsciente colectivo en la explicación histórica), más que hacer un punteo de cada una de ellas, y más que mencionar los ajustes y revisiones que muchas investigaciones posteriores han hecho a estos dos autores fundamentales, me interesa detenerme en el impacto dispar y a destiempo que tuvieron estos trabajos en la producción histórica en particular.

Para una estudiante universitaria de fines de los años '80 del siglo pasado en la Argentina, el capítulo «La muerte», que integraba la compilación conocida en castellano bajo el título *Ideologías y mentalidades*, de Michel Vovelle oficiaba tanto de manual de metodología

¹⁶ Philippe ARIÈS, *L'Homme devant...* cit., p. 14.

como de inspirador temático.¹⁷ La lenta constitución de un campo profesional en la post-dictadura argentina y puntualmente el interés por el periodo colonial o pre independiente se apropió con éxito de la propuesta metodológica y de algunas claves interpretativas del historiador francés experto en el análisis de los testamentos. Interesados en preguntas específicas y sensibles a las especificidades locales, los artículos o libros publicados en el país dan pistas de esta influencia: las prácticas testamentarias en la ciudad de Buenos Aires, forma y contenido de los testamentos bonaerenses del siglo XVIII; el discurso del morir: testamentos de la primera mitad del siglo XVIII en Santa Fe colonial; Vida y buena muerte en Córdoba durante la segunda mitad del siglo XVIII, Hermandades y cofradías, el ceremonial barroco/pompa barroca, gestualidad y sentido de la muerte, etc.¹⁸ Una mirada a la producción de otros países latinoamericanos, de Europa occidental y de Estados Unidos arroja un resultado similar.

El diálogo de los historiadores con la obra de Ariès fue más tardío. En Francia, *L'homme devant la mort* recibió una acogida discreta y las reseñas académicas fueron muy críticas.¹⁹ Alain Girard sostenía, en su comentario publicado en *Population*, "...el libro tiene una riqueza y manejo de análisis, pero es necesario señalarlo. Ninguno de estos cambios de actitudes sería concebible sin las transformaciones profundas que ayer y hoy se produjeron en el régimen demográfico. La muerte es un escándalo en la medida en que los vivos están exentos de amenazas exteriores que pesaban sobre la especie, cada ser una vez nacido cree haber adquirido una suerte de derecho a la vida."²⁰ El mismo año Henri Medras sostenía en la *Revue française de sociologie* "...incluso si la secuencia causal (de los modelos de muerte) es históricamente probada; cada eslabón no implica necesariamente el siguiente. Entonces querríamos que Ariès nos explique porqué, en ese

¹⁷ Michel VOVELLE, *Ideologías y mentalidades*, Barcelona, Ariel, 1985.

¹⁸ Por ejemplo: María Isabel SEOANE, "Forma y contenido de los testamentos bonaerenses del siglo XVIII", *Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho*, Buenos Aires, 1995; "Un salvoconducto al cielo. Prácticas testamentarias en el Buenos Aires indiano", *Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho*, 2006. Sobre enterratorios y lugares sociales en torno a la muerte para Salta en el siglo XVIII y en el contexto de la revolución y las guerras de independencia: Gabriela CARETTA e Isabel ZACCA, "La muerte en el imaginario colonial. Un análisis de los enterratorios en Salta a fines de la colonia", *I Jornada de Estudios sobre Religiosidad, Cultura y Poder*, Buenos Aires, GERE, 2004, "Religiosidad en torno a la muerte en tiempos de guerra. Los lugares de entierro en Salta, 1810-1821", *VII Congreso Argentino-Chileno de Estudios Históricos e Integración Cultural*, Salta, Universidad Nacional de Salta, 2007; "Enterrar de gracia: Notas en la construcción de identidades sociales en Salta en tiempos de cambio (1730-1830)", *I Jornadas de Historia Social*, La Falda, Córdoba, 2007. Para Santa Fe durante la primera mitad del siglo XVIII a través de los testamentos: Teresa SUÁREZ, "El discurso del morir. Testamentos de la primera mitad del siglo XVIII en Santa Fe Colonial", *Estudios Sociales*, Santa Fe, año IV, núm. 7, 1994. Para la noción de "buena muerte" para la segunda mitad del siglo XVIII en Córdoba: Ana María MARTÍNEZ DE SÁNCHEZ, *Vida y "buena muerte" en Córdoba durante la segunda mitad del siglo XVIII*, Córdoba, Centro de Estudios Históricos, 1996; "Hermandades y Cofradías. Su regulación jurídica en la sociedad indiana", *Derecho y Administración en las Indias Hispánicas*, Cuenca, Universidad de Castilla La Mancha, 2002; *Cofradías y obras pías en Córdoba del Tucumán*, Córdoba, Universidad Católica de Córdoba, 2006. Para Buenos Aires: María Elena BARRAL, "La celebración de la muerte en el Buenos Aires rural tardocolonial", *GERE*, Buenos Aires, 2007. Lilian DIODATI y Nora LIÑAN, "Gestualidad y sentido de la muerte en Buenos Aires durante la primera mitad del siglo XIX", Mimeo. Andrea Jáuregui sobre el cementerio de La Recoleta de la ciudad de Buenos Aires también sigue el modelo cuantitativo de Vovelle. Andrea JÁUREGUI, "Imágenes e idea de la muerte en Buenos Aires", Cristian GODOY y Eduardo HOURCADE (eds.), *La muerte en la cultura. Ensayos históricos*, Rosario, Universidad Nacional de Rosario, 1993.

¹⁹ También para el historiador norteamericano especialista en historia de Francia, Robert Darnton, el libro de Ariès era endeble. En un artículo que escribió para la *New York Review of Books* compara el trabajo de Ariès con el de Vovelle y evalúa al primero como superficial frente a la erudición en los métodos cuantitativos del segundo. Citado por Philippe ARIÈS, *Morir en Occidente. Desde la Edad Media hasta nuestros días*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2000 (1975), p. 13.

²⁰ Alain GIRARD, *Population*, 33, núm. 2, 1978, pp. 471-474.

tiempo, se impuso esta secuencia y no otra. Si es posible, si no de responder, al menos de argumentar en torno a esta cuestión abriremos un camino muy nuevo en el análisis de las relaciones entre ideología y ritual.”²¹ En 1979 una reseña de Françoise Hildesheimer, califica al libro como un drama psicológico en dos actos y cinco cuadros y si bien empezaba diciendo que era satisfactorio por su plenitud y por la apertura que permitía, afirmaba también “estamos tentados a preguntar si no convendría mirar más allá de los móviles puramente psicológicos y si algunos criterios más terrenales no deberían ser puestos en consideración, al menos en el primer tiempo: evoluciones de las condiciones de la vida material, extensión de la esperanza de vida, etc.”²²

Para sociólogos, antropólogos, psiquiatras y médicos, desde el inicio la obra de Ariès fue fundamental. A diferencia de la inmensa mayoría de los historiadores, Ariès contaba una historia que llegaba hasta el presente y compartía con aquellos conceptos y preguntas de investigación. Le interesaba especialmente la agonía y consideraba que en las sociedades contemporáneas occidentales no se hablaba de la muerte.²³ Ideas similares atravesaban el debate político y la producción académica en las ciencias sociales y médicas. A diferencia de los historiadores, que ingresan al tema de la muerte más por reacomodamientos y renovación disciplinar, los cambios sociales y en el saber médico estimularán investigaciones de antropólogos y sociólogos que dialogarán directamente con Ariès.

Las nuevas posibilidades abiertas por la reanimación cardíaca, la nascente tecnología de trasplantes de órganos, que precisaban de la extracción lo antes posible, en los pacientes clínicamente muertos, produjeron un cambio en el estatus de la muerte. Ésta deja de ser un estado necesariamente evidente (el pulso, el aliento, el ritmo cardíaco) para ser el resultado de la evaluación de ciertos indicadores obtenidos por medios técnicos.²⁴ Si por un lado los avances farmacológicos hicieron posible la emergencia de la “sociedad post-infecciosa” y la disminución de la mortalidad, por otro lado el cáncer se erige, siguiendo a Sontag, como

²¹ Henri MEDRAS, *Revue Française de Sociologie*, vol. 2, núm. 2, 1979, pp. 468-470.

²² Françoise HILDESHEIMER, “L’homme devant la mort”, *Bibliothèque de l’école des chartes*, vol. 137, núm. 1, 1979, pp. 181-183.

²³ Esta idea de “negación de la muerte” tendrá una enorme influencia entre los científicos sociales. Fue, entre los años ‘70 y ‘90, una idea faro que todavía hoy, especialmente entre los historiadores, se mantiene. Ariès originariamente expresó que la muerte está *prohibida* en las sociedades modernas. Especialmente porque las sociedades occidentales en el siglo XX conceden un gran valor a la cultura de la felicidad y el amor romántico. Ambos socavan, minan, la importancia de la muerte. Al mismo tiempo, notaba que en los Estados Unidos científicos sociales y terapeutas estaban incitando al público a hablar de la muerte y alentando a los deudos y a los agonizantes a que hablaran de la muerte y de sus sentimientos. Posteriormente habló de la muerte como *oculta o escondida*, en particular de la mirada pública. Es un pecado, dijo, mostrar al moribundo o manifestar pena en público por la muerte de un ser amado. Los moribundos son relegados para no alterar a los vivos, a los parientes y conocidos y para mantener la idea de que el hospital cura. Finalmente, en *Images de la mort*, sostuvo que Occidente en el siglo XX abandonó una *iconografía pública visual sobre la muerte*. Relegada al espacio privado y secreto del hogar o a la anonimidad del hospital, la muerte no nos da más ninguna señal. La idea de la muerte oculta/escondida fue retomada por Norbert Elias, quien si bien criticó duramente a Ariès entre otras cosas por tener una visión romántica del pasado, coincidió con él en que en el pasado se hablaba más de la muerte y de la agonía y que ahora, en el mundo contemporáneo, todo sucede como si nada hubiese ocurrido, como si nadie hubiese muerto. También Anthony Giddens se refirió al tema, e indicó que en las sociedades modernas la muerte está escondida/oculta; aunque prefirió el término *secuestrada*. Institucionalmente, no psicológicamente. La prisión, el hospicio, los hogares para los ancianos, son relegados a las sombras y escondidos del dominio público. Norbert ELIAS, *La soledad de los moribundos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987 (1982). Anthony GIDDENS, *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Madrid, Península, 1995 (1991). Destacado de la autora.

²⁴ Para los cambios en la medicina y en la tecnología que afecta al saber médico sigo a Clive SEALE, *Constructing Death. The Sociology of Dying and Bereavement*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.

metáfora del mal, de la invasión, tanto en el pensamiento corriente como en la política. Los tratamientos contra el cáncer dan lugar a una serie de debates y cuestionamientos sociales. Surge, en este marco, el movimiento de los hospicios de enfermos terminales, en especial el de St. Christopher en Londres, que en contraposición con la tecnología médica y la cuasi invisibilidad del moribundo, inauguró el debate moderno sobre las formas del ‘buen morir’ oponiéndose a la sobremedicalización.²⁵

En el campo académico el sociólogo Geoffrey Gorer había publicado, en 1955, un artículo que devendrá célebre: “The pornography of death”.²⁶ Gorer hace un estudio con 1600 personas con enfermedad terminal y las compara con la Inglaterra victoriana. En el siglo XX, afirma, la muerte ha venido a reemplazar al sexo en el lugar de los tabúes. Se la esconde, no se habla, no se la nombra y cuando es imposible evitarla se la invoca eufemísticamente. Es durante el duelo que la persona tiene más necesidad de asistencia, como en la niñez y la adolescencia, y sin embargo es entonces cuando nuestra sociedad le retira su ayuda. La sociedad, prosigue Gorer, aísla al muerto y al agonizante del flujo de la vida diaria, mucho más que en otros momentos de la historia. Desde el interaccionismo simbólico Glaser y Strauss interactúan, en *Awareness of Dying*, con algunas de las preocupaciones de Ariès.²⁷ A partir de un trabajo comparativo en unidades de cuidados intensivos en hospitales afirman que morir es un proceso lento, que implica un trabajo, en el que participan y se involucran -o se espera que lo hagan- diferentes actores y de diferente manera en el proceso de la enfermedad que denominaron contextos de conciencia. Definen cuatro contextos: conciencia cerrada (*closed awareness*), conciencia sospechosa (*suspected awareness*), mutuo engaño (*mutual pretence*) y conciencia abierta (*open awareness*). Cada contexto exige un tipo de comportamiento deseado del paciente, aun del moribundo. La negociación social llega hasta el último momento de la vida y parte de lo que se obtiene (como por ejemplo que no se le realicen más intervenciones médicas) estará relacionado con su adecuación a ese modelo virtuoso de un moribundo colaborador.²⁸

Es evidente que Ariès se apropió de estos estudios, incluso los reseñó en revistas especializadas. Una de las razones que, él mismo sostuvo, lo llevaron a adelantar y publicar *El Hombre ante la muerte* fue su interés por participar activamente en el debate contemporáneo sobre la muerte. La visibilidad académica y política del tema, la traducción al inglés de su libro y la invitación de la Universidad John Hopkins para que dictara un seminario sobre la muerte, propagaron la obra de Ariès. La genealogía, más que la restitución del pasado, que traza el historiador resultaban particularmente atractivas: no sólo actitudes que pensábamos “desde siempre” eran recientes, sino también muchas actitudes de los hombres y mujeres del pasado habían sido diferentes pero especialmente mejores. Las afirmaciones de Ariès oficiaban, en cierto modo, de prólogo de los debates y los estudios sobre la muerte contemporánea.

Si, como indiqué, en los años ‘70 y ‘80 la investigación histórica sigue, en términos generales, el sendero trazado por Vovelle,²⁹ el reposicionamiento de los trabajos de Ariès entre los historiadores interesados en la muerte estaba llegando. En 1984 Pierre

²⁵ Clive SEALE, *Constructing Death...* cit. René FOX, “The sting of Death in American Society”, *Social Service Review*, vol. 5, núm. 1, pp. 42-58.

²⁶ El artículo fue posteriormente incluido en su libro *Death, grief and mourning in Contemporary Britain*, 1965.

²⁷ Bernard GLASER y Anselm STRAUSS, *Awareness of Dying*, Chicago, Adline, 1965.

²⁸ He desarrollado con más detalle estos temas en: Sandra GAYOL y Gabriel KESSLER, “La muerte en las Ciencias Sociales...” cit.

²⁹ En realidad, Vovelle compartía el trono con Pierre Chaunu y Jean Delumeau. Chaunu había publicado *La mort à Paris XVI-XVII-XVIIIème siècles*, Paris, Fayard, 1978. Delumeau era autor de un libro, retomado recientemente por estudiosos interesados en el delito urbano y el “sentimiento de inseguridad”, *La Peur en Occident, XIV-XVIII siècles*, Paris, Fayard, 1978.

Chaunu en su comentario *In Memoriam* le reprochaba “que no había usado lo suficiente los testamentos y que se basaba más en intuiciones que en evidencias”, pero Chaunu le reconocía también que “había visto lo esencial, que había marcado las grandes etapas...”³⁰ *El Hombre ante la muerte* podía convivir legítimamente e incluso ser imitado en un campo historiográfico que empezaba a estar muy influenciado por lo que se conocerá como la “nueva historia cultural.”³¹

El giro cultural, adoptado por los historiadores sociales que no se contentaban solamente con las categorías económico-sociales para explicar el pasado y afirmaban que era necesario estudiar también a las sociedades desde el ángulo de la cultura, dará un aire de familia a que las actitudes -hacia el niño, la muerte- eran construcciones culturales, que los gestos -las prácticas que los incluyen, se dirá más tarde- eran producto de muchas mediaciones, tenían aspectos inerciales aunque también racionales e impuestos y, por ejemplo, que la cultura no se reduce a un proceso de transmisión y/o imposición y es también memoria colectiva. La posibilidad de la obra de Ariès de ingresar legítimamente al campo historiográfico reanimó, diversificó y enriqueció las aproximaciones y las interpretaciones sobre la muerte que se realizaron a partir de entonces. Una mirada de conjunto de la producción desde fines de los ‘80 hasta la actualidad muestra claramente la variedad metodológica, la mezcla de perspectivas analíticas y, en ocasiones, la convivencia y apropiación selectiva de algunas de las ideas motoras de Ariès y Vovelle.

La historiografía latinoamericana da cuenta de este proceso.³² Es imposible mencionar la proliferación de trabajos puntuales que se vienen produciendo desde hace más de veinte años. Me detendré en un libro pionero y único que devendrá, a su turno, en referente de muchos de los trabajos posteriores: *Historia de la sensibilidad en el Uruguay* de José Pedro Barrán.³³ Editado por primera vez en 1989 y reeditado sucesivamente a partir de entonces la muerte, junto con la violencia, el juego y la sexualidad “nos acercarán a la médula de la época.”³⁴ Confrontando los comportamientos contemporáneos con los del

³⁰ Pierre CHAUNU, “Le parcours solitaire. In piam memoriam : Philippe Ariès”, *Histoire, Économie et Société*, 3e année, núm. 1, 1984, pp. 3-5.

³¹ Un libro fundante: Lynn HUNT, *The New Cultural History*, Berkeley-Los Angeles-Londres, University of California Press, 1989.

³² También de la adopción de algunos de los objetos de investigación que ambos autores desarrollaron: por ejemplo la historia de los lugares de entierro que, a su vez, ha pasado de ser una vía para comprender el avance secularizador del Estado y de las prácticas mortuorias a una ventana para estudiar el patrimonio. También, mucho más recientemente, la comparación entre los cementerios públicos decimonónicos con los cementerios privados actuales son usados para trazar el derrotero de las relaciones múltiples, complejas y cambiantes que los individuos y los Estados tienen con la muerte y los muertos. Sobre esta última perspectiva: Carla del CUETO y Juan PIOVANI, “El mercado de la muerte: cementerios, memoriales y jardines de paz en Buenos Aires”, Sandra GAYOL y Gabriel KESSLER (eds), *Muerte, política y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Edhasa, 2015, pp. 301-326. Para la relación entre cementerios y patrimonio puede consultarse la compilación surgida de las primeras Jornadas de Patrimonio Simbólico en Cementerios. AAVV, *Patrimonio cultural en cementerios y rituales de la muerte*, Buenos Aires, Gobierno de la ciudad de Buenos Aires, 2005, t. I y II. El estudio de los cementerios se ha “independizado” de reflexiones más amplias sobre la muerte y se ha constituido en un campo en sí mismo. Desde hace algunos años se vienen conformando redes, asociaciones locales, provinciales, nacionales, internacionales de cementerios. Pueden verse: redcementeriospatrimoniales.blogspot.com; catedraunesco.manizales.unal.edu.co/secundaria.php; www.significantcemeteries.org. Está además la perspectiva que vincula los cementerios con el aparato represivo de los Estados y aquella que se aboca a los cementerios de guerra.

³³ José Pedro BARRÁN, *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*, t. 1: *La Cultura ‘Barbara’ (1800-1860)* y t. 2: *El disciplinamiento (1860-1920)*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental-Facultad de Humanidades y Ciencias, 1989.

³⁴ *Ibid.*, t. 1, p. 12. Entre la primera edición, en diciembre de 1989 y la sexta de 1991, se editaron 9.500 ejemplares.

pasado gracias a un registro documental muy amplio y desmenuzado en profundidad, Barrán cuantifica las medidas gubernamentales más significativas y las modas sociales indicadoras del triunfo de la civilización. Se vale permanentemente de las estadísticas y analiza con destreza los discursos. Descubre que “la historia de la sensibilidad revelará, y desde su primer momento, cómo lo social lo impregna todo, cómo ni siquiera las formas casi impersonales de la sensibilidad escapan a la influencia de los sectores dirigentes.”³⁵ Esta interpretación a lo Vovelle, los dos tomos son precedidos de un “breve estudio sobre el entorno geográfico, económico, social y político que enmarcó las dos formas culturales”, se ordena siguiendo los modelos que trazó Ariès y comprueba, igual que éste, que también en el Uruguay del 900 la muerte está prohibida en el espacio público, se la escamotea.³⁶

Claudio Lomnitz en la introducción a su libro, *Historia de la muerte en México* editado en 2005 y que mencioné más arriba, sostiene que la historia y la antropología de la muerte son ahora temas con un tufo a decenio de 1980. Tocaron todos los temas, plantearon las grandes preguntas; el final ya estaba a la vista. El método inductivo de estudiar las actitudes hacia la muerte mediante una estrecha inspección de la historia de las prácticas sociales directamente relacionadas con la muerte estaba bien afinado para abrir un mundo de fuentes poco utilizadas: los testamentos, pero resulta insuficiente para un estudio político de la muerte. La división en períodos, proseguía, evoca la imagen de una sociedad en la que las clases altas y bajas comparten instituciones e ideales, al mismo tiempo que el trato que reciben y las expectativas que abrigan son diferenciales. Es difícil narrar las actitudes hacia la muerte como la historia de una colectividad única.³⁷ Los senderos trazados especialmente por Vovelle y Ariès no nos conducen, por ejemplo, a comprender la realidad argentina de las últimas décadas. Piénsese, por ejemplo, en la denominada “guerra sucia”, en la distinción entre “ellos” y “nosotros”, entre amigos y enemigos, que llevaron a formas de matar muy diferentes, a usos también muy disímiles de los cuerpos muertos y, también, de la conmemoración posterior. En efecto, como sostiene Lomnitz, la concentración desproporcionada en las actitudes de los deudos fue un rasgo común en la literatura. Es esta perspectiva estrecha la que sustenta la idea de una actitud particular hacia la muerte característica de cada época histórica. Esta aproximación sigue siendo, creo, un rasgo hegemónico todavía hoy que impide comprender cabalmente, por ejemplo, lo que han hecho los Estados o grupos al interior de un Estado con la muerte. Es esta aproximación también la que impide aprehender la mirada posible de actitudes hacia la muerte que coexisten en un mismo momento histórico y también en un mismo individuo. Lomnitz propone, acertadamente, distinguir en el análisis entre el punto de vista del individuo, de su red de vínculos personales, de la sociedad impersonal de la que, a su vez, forma parte, de las sociedades contendientes de las que no forma parte y, deberíamos sumar también, de “su” propio Estado.

³⁵ Ibid., p. 13.

³⁶ Una operación similar, una conjunción de metodología vovelliana con presupuestos de Ariès, se encuentra en el libro de Marco Antonio LEÓN LEÓN, *Sepultura sagrada, tumba profana. Los espacios de la muerte en Santiago de Chile, 1883-1932*, Santiago, LOM, 1997. También en José TAMAYO HERRERA, *La muerte en Lima (1780-1990). Un ensayo de historia de las mentalidades desde la perspectiva regional*, Lima, Cuadernos de Historia XV, Universidad de Lima, Facultad de Ciencias Humanas, 1992. No escapa el sofisticado análisis de Claudia RODRIGUES, *Nas fronteiras do Alem. A secularizacao da norte no Rio de Janeiro séculos XVIII e XIX*, Rio de Janeiro, Archivo Nacional, 2005.

³⁷ Claudio LOMNITZ, *Idea de la muerte...* cit., p. 16.

La política en la muerte y la muerte política

En los últimos años, la interacción entre el desarrollo médico-técnico y el campo académico disparó nuevas preguntas e incitó a nuevas aproximaciones y, al mismo tiempo, el contexto político colocó una vez más a la muerte en el centro de la escena pública. La obra de Foucault, el de la gubernamentalidad, término con el que fusiona las ideas de gobierno y mentalidad para dar cuenta de las formas de administración del poder que surgen en la Europa del siglo XVII, y sus trabajos sobre el saber médico, alentaron una aproximación renovada sobre las maneras en que el saber clasifica y gobierna, y contribuyeron a adoptar una saludable mirada constructivista sobre el cuerpo, las disciplinas médicas y las enfermedades así como de la división entre cuerpo y mente. El “derecho a saber” del paciente fue a la par, al menos en algunos países, de una mayor delegación en los individuos de la posibilidad de ‘hacer morir’: el derecho al suicidio, el derecho a la eutanasia. El poder se despliega también en el nacimiento, aborto, nacimiento de fetos de difícil sobrevivencia, trasplantes, etc. La abolición de la pena de muerte, en la mayoría de los países occidentales, un incremento de la sensibilidad frente a la violencia política, especialmente en Europa la prohibición de portar armas, y la deconstrucción del heroísmo militar, fundieron la muerte y la política.³⁸ Paralelamente, y en dirección contraria, la muerte de los otros vuelve a escena, en dos formas: tanto víctimas como victimarios pueden ser englobados dentro de los ‘otros’, como en los Balcanes, pero también luego del 11 de septiembre de 2001 los victimarios no son más ese ‘otro’ y se trata, entonces, de reflexionar sobre hechos que forman parte de ese ‘nosotros’, como el caso de tropas americanas y europeas que matan en Irak y en Afganistán. Estos acontecimientos suscitan críticas y reflexiones sobre, por ejemplo, el valor diferenciado de la vida y la muerte de las poblaciones para las potencias hegemónicas, según su nacionalidad y religión.³⁹ Las vidas no lloradas y la indiferencia ante “el dolor de los demás” relanzaron la discusión sobre el poder de las imágenes mortuorias a través de su ininterrumpida publicidad de anestesiarnos, de contribuir a que nos acostumbremos, por repetición, al horror y anular, así, nuestra acción política.⁴⁰

Como es sabido, las primeras aproximaciones académicas sobre las matanzas del siglo XX se iniciaron con el estudio del holocausto. Más tarde, las dictaduras del Cono Sur, los asesinatos masivos en Ruanda, Camboya o en la ex Unión Soviética, por ejemplo, relanzaron los estudios sobre las masacres y genocidios. Estos trabajos múltiples, complejos, variados, y que ameritarían varios artículos, definen hoy un campo de investigación en sí mismo, autónomo.⁴¹ Hay, no obstante, otro sendero trazado por trabajos que, más allá de los

³⁸ He desarrollado con más detalle estos temas en: Sandra GAYOL y Gabriel KESSLER, “La muerte en las Ciencias Sociales...” cit.

³⁹ Judith BUTLER, *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*, Buenos Aires, Paidós, 2010 (2009).

⁴⁰ Véase por ejemplo: Susan SONTAG, *Regarding the Pain of Others*, Nueva York, Picador-Farrar-Straus y Giroux, 2001. Judith BUTLER, *Marcos de guerra...* cit. Michela MARZANO, *La muerte como espectáculo. La difusión de la violencia en internet y sus implicaciones éticas*, Buenos Aires, Tusquets, 2010 (2007).

⁴¹ Incapaz de invocarlos en toda su complejidad, me gustaría simplemente señalar en qué este corpus de estudios puede brindarnos pistas a quienes se interesen en una historia social, cultural y política de la muerte en “situaciones normales”. Brindan herramientas analíticas, conceptuales y epistemológicas sobre el cuerpo, su ausencia y las formas de representación; estimulan la comparación y contraposición y develan de manera brutal la centralidad del cuerpo, su cualidad de actor social incluso una vez muerto, para los perpetradores, los deudos de las víctimas y la sociedad en su conjunto. Me permito mencionar sólo tres contribuciones recientes: José Emilio BURUCÚA y Nicolás KWIATKOWSKI, “Cómo sucedieron estas cosas”. *Representar Masacres y Genocidios*, Buenos Aires, Katz, 2014. Elizabeth ANSTETT y Jean-Marc DREYFUS, *Cadavres impensables, cadavres impensés. Approches méthodologiques du traitement des corps dans les violences de masse et les génocides*, Paris, Petra, 2012, *Destruction and Human Remains (Human Remains and Violence)*,

objetos específicos que abordan, se ocupan de los muertos que construyen la gloria de los Estados, pueden afianzar las relaciones entre los Estados, las identidades partidarias y/o las nacionales. Esta perspectiva debe mucho a la influencia de la antropología entre los historiadores o, como prefieren otros, a la influencia recíproca entre historia y antropología. Si para Clifford Geertz un acto social singular no puede comprenderse sino en el cuadro de un sistema semántico más amplio, para George Mosse o Lynn Hunt, para citar a dos historiadores muy conocidos, también es posible mostrar que la política no puede prescindir de la manipulación de los símbolos y que la pompa es una forma de poder.

Fue con la primera edición en 1984 del primer tomo de *Les lieux de mémoire* cuando se esbozó lo que en la actualidad se ha convertido en un programa de investigación muy difundido entre muchas historiografías nacionales: poner en relación y mostrar el parentesco secreto que mantenían los memoriales (como los monumentos a los muertos, el espacio reservado en el cementerio público a los ‘ciudadanos meritorios’ o el Panteón), con objetos aparentemente tan distantes y disímiles como los museos, los archivos, la divisas y los emblemas.⁴² La muerte se insinuaba en esta compilación de estudios pensados como expresión de la “economía del pasado en el presente.”⁴³ Vista retrospectivamente, la contribución de Avner Ben-Amos sobre los funerales de Víctor Hugo era el puntapié de un proyecto mayor que desembocó en el libro *Funerals, Politics, and memory in Modern France 1789-1996*, publicado en 2000.⁴⁴ Hoy convertido en un clásico, el libro de Ben Amos, como lo indica en la introducción, se comprende a partir del giro cultural y por la realidad social de su tiempo: la desaparición rápida de nuestra memoria nacional. Movilizando y apropiándose de los recursos ofrecidos por la antropología y la etnología del Estado (de Geertz a Mauss, de Hertz a Van Gennep, de Turner a Goody) desmenuza y diferencia distintas memorias (oficial, nacional, partidaria) e inserta los funerales de Estado en un conjunto de políticas simbólicas que despejan y muestran nuevos registros de la expresión política.

Los ritos fúnebres públicos y/o estatales nos resultan muy atractivos porque todo parece estar allí: la multitud, el cadáver, los símbolos, la oratoria, los integrantes del cortejo, las corporaciones. Según los momentos, los medios masivos de comunicación que pueden llegar a anticipar el acontecimiento. Esa capacidad de configurar y aglutinar tantas cosas a la vez posiblemente explique el interés actual de los historiadores en estudiarlos, si bien sabemos poco sobre funerales en el siglo XX y XXI.⁴⁵ Lo interesante es, posiblemente, enlazar a través del rito, como lo hace Ben Amos, el acontecimiento con la estructura, y demostrar que no sólo reflejaron o confirmaron un determinado estado de la política o del equilibrio de fuerzas entre Estado, gobiernos, partidos, ciudadanos/as, sino que también intervinieron activamente en la definición de sus relaciones y de la situación política.

Manchester, Manchester University Press, 2014. Una sola referencia de posibles préstamos: el concepto de *nuda vida* difundido por los trabajos de Giorgio Agamben, es decir, una vida sometida, reducida al despojo y a la pura entrega al poder soberano, es decir a su estados de exclusión incluida y la resistencia a permanecer en él, tiene una enorme influencia en trabajos interesados en la violencia institucional. Véase por ejemplo: María PITA, *Formas de morir y formas de vivir. El activismo contra la violencia policial*, Buenos Aires, Del Puerto-CELS, 2010. Salvador CRUZ SIERRA (coord.), *Vida, muerte y resistencia en Ciudad Juárez. Una aproximación desde la violencia, el género y la cultura*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte, 2013.

⁴² Pierre NORA (dir.), *Les lieux de mémoire*, Paris, Gallimard, 1984. El tomo II se publicó en 1986 y el III en 1992. La referencia a poner en relación objetos tan disímiles la tomo de la introducción de Pierre Nora al tomo I, p. 7.

⁴³ Ibid.

⁴⁴ Avner BEN AMOS, *Funerals, Politics, and memory in Modern France 1789-1996*, Boston, Harvard University, 2000.

⁴⁵ Puede consultarse los artículos comparativos de los funerales de Estado en el siglo XIX en Francia y Brasil: *Almanack*, N:9, 2015.

Los homenajes a los “grandes hombres” son tan viejos como la historia. En el espacio latinoamericano decimonónico están estrechamente unidos, como muestra la compilación pionera realizada por Carmen Mc Evoy, a la construcción de los Estados nacionales y a la república. El cuerpo-nación como sus dilemas fueron asociados alegóricamente a los cuerpos físicos de los padres fundadores. Sus dramáticos peregrinajes personales se asemejaron, en la mayoría de los casos, a la veleidosa suerte de las repúblicas que ayudaron a independizar. En un momento de necesidad de reafirmación política, los frágiles Estados y sus elites, buscaron reproducir e inculcar mediante rituales en honor a sus héroes ciertas ideas-fuerza que parecían estar condenadas al olvido. De esta forma, los funerales de Estado se convirtieron en lecciones vivas de pedagogía republicana y en espacios apropiados para la actualización de las preocupaciones que obsesionaron a las naciones sudamericanas en las décadas que siguieron a la independencia.⁴⁶ Como están mostrando varios trabajos en curso sobre las guerras del siglo XIX en la Argentina, los “grandes hombres”, cuyos nombres no son necesariamente permanentes, convivieron, en este intento pedagógico, con la sobrevivencia terrestre de los soldados muertos.⁴⁷ La rendición de honores oficiales a quienes “dieran su vida en defensa de la patria” permite la posibilidad de sobrevivencia terrestre a integrantes del pueblo. Este proceso de democratización, si bien era necesario por la guerra, fue posible porque pierde intensidad el sentido trascendente de la muerte cristiana y porque se democratiza el sentido del honor. La pretensión ultramundana de las representaciones de la muerte estará, *a priori*, disponible para todos los hombres y, bastante más tarde, también para las mujeres.⁴⁸

Lyman Johnson en la compilación *Body Politics. Death, Dismemberment and Memory in Latin America* sostiene la necesidad de explorar las formas simbólicas a través de las cuales los héroes latinoamericanos son recordados.⁴⁹ Propone rescatar y explicar el poder de estos cuerpos especiales (el libro se detiene en Tupac Amaru, Miguel Hidalgo, José María Morelos, Agustín Iturbide, Getulio Vargas, Juan Manuel de Rosas, Emiliano Zapata, Cuauhtémoc, Álvaro Obregón, Juan Domingo Perón, Eva Duarte y el Che Guevara), de movilizar pasiones y simbolizar ideales colectivos. Sugiere la necesidad de preguntarse por qué y cómo muchas biografías son familiares a los niños y niñas de las escuelas pero también por qué esos muertos, o algunos de ellos u otros, no reciben un culto al cuerpo. Efectivamente, la variabilidad de las carreras *post mortem* es un tema y un problema de investigación pendiente. Si es evidente que los Estados con su poder político tienen un papel clave en custodiar, gestionar y modelar estas vidas ejemplares, también lo es que los particulares -la familia, allegados, simpatizantes, opositores- pueden tener un papel decisivo. Por otro lado, la apropiación puede ser múltiple y los énfasis apreciados por la

⁴⁶ Carmen MCEVOY, *Funerales Republicanos en América del Sur: Tradición, ritual y nación, 1832-1896*, Santiago de Chile, Ediciones del Bicentenario 2006, pp. XII y XV.

⁴⁷ Sobre la construcción simbólica de la nación y los rituales cívicos asociados con ello se viene trabajando sistemáticamente desde hace algunos años. Dentro de este marco más amplio, se incorporan los ritos mortuorios que ingresan a un patrón interpretativo más general y carecen de especificidad y eficacia por sí mismos. Dos trabajos que se inscriben en esta última perspectiva: Mathew ESPOSITO, *Funerals, festivals and Cultural Politics in Porfirian Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2010. Sandra GAYOL, “La celebración de los grandes hombres: funerales gloriosos y carreras *post mortem* en Argentina”, *Quinto Sol*, vol. 16, núm. 2, 2012.

⁴⁸ En un libro clásico y muy influyente Reinhart Koselleck sitúa este proceso en Europa y especialmente a partir de la experiencia de la Gran Guerra europea. Los trabajos en curso que analizan los procesos de independencia latinoamericanos de inicios del siglo XIX y las guerras posteriores atentos a las muertes y los muertos van a permitir cuestionar esta cronología canónica. Reinhart KOSELLECK, *The Political Cult of the Death*, Boston, Harvard University Press, 2001.

⁴⁹ Lyman JOHNSON (ed.), *Body Politics. Death, Dismemberment and Memory in Latin America*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2004.

población no necesariamente tienen que coincidir con los más deseados por el Estado que, también, puede motivar reacciones opuestas a las que espera. Es necesario, entonces, historizar la carrera pública de una muerte. Si se adopta esta perspectiva se notarán momentos de agitación y permanencia, de relegamiento o reclusión del espacio público, de reactivación posterior y nuevo ocultamiento o marginación. Un análisis sensible a las diferentes secuencias temporales es fundamental para comprender la compleja y decisiva relación entre una muerte y el contexto en que sucede y/o en el que es reactivada. Interpretar los contextos específicos evita que el relato retrospectivo que se construye alrededor de ella no se confunda con aquello que esa muerte generó y fue generando en su momento.⁵⁰

La antropóloga política Katherine Verdery, en *The Political Lives of Dead Bodies. Reburial and Postsocialist Change*, habla de “la política de los cuerpos muertos.”⁵¹ A partir del estudio de las exhumaciones, peregrinaciones al interior de un territorio, re-inhumaciones y repatriaciones de líderes revolucionarios, héroes, individuos anónimos, dirigentes políticos y artistas en Europa del este post-socialista, Verdery se pregunta por las razones y el significado político de esta vorágine de movilizaciones póstumas. ¿Cuál es la relación, se interroga, entre estos cuerpos muertos que entran en movimiento y los múltiples cambios en el mundo post-socialista? La eficacia simbólica de estos cuerpos, sus efectos legitimantes, no se debe a que siempre remiten a una cosa o propiedad en particular, sino al interés que despiertan a pesar de las divergencias de significado.

Los cadáveres tienen poder y Verdery reflexiona sobre él. Exhumaciones y re-inhumaciones marcaban nuevos territorios y reforzaban demandas históricas. Los despojos movilizadas fueron cruciales en la definición de los nuevos Estados y el nacionalismo que une, inexorablemente, localización del cuerpo muerto-suelo-parentesco. La re-inhumación unía a la comunidad de los vivos con el muerto y con la tierra, y en este proceso se revisaba el pasado, se reescribía una nueva historia nacional y reorientaba el presente. Este libro fascinante es indispensable para quienes se interesen en la política, en sus símbolos y en su eficacia. También lo es para quienes crean que la muerte sigue siendo un objeto sagrado en el presente. Hemos aprendido muchísimo sobre las reliquias medievales, el culto al cuerpo de los santos en la antigüedad y en la conformación de los Estados nacionales decimonónicos, el libro de Verdery nos recuerda que también nuestro presente está directamente imbricado con y concernido por la muerte y por la negociación, casi permanente, de los vivos con los muertos.

Los estudios, en general, acotan los significados políticos de la muerte a las personalidades públicas. Presuponen, casi siempre, que una vida pública es precondition necesaria para un eventual uso político inmediato o posterior. La Argentina de los últimos años muestra cuán cierta y cuán insuficiente es esta aproximación. Trabajos en curso sobre muertes violentas de seres anónimos muestran que, en ocasiones, estas muertes pueden ingresar al espacio público y la discusión política. Son las muertes que en Brasil se llaman de “dedo frouxo”, en Estados Unidos de “easy trigger” y en Argentina de “gatillo fácil”. Expresiones de uso corriente en el habla cotidiana, refieren a la liviandad o facilidad con que la policía, u otros agentes del Estado, mata o hiere en situaciones que van desde lo que se denomina uso “desmedido de la fuerza” hasta ejecuciones extrajudiciales o falsos enfrentamientos. El análisis de la impugnación social a esta forma de matar está en el origen de un sendero de investigación muy reciente y cuya agenda está aún en construcción.

⁵⁰ Puede encontrarse esta perspectiva en algunas de las contribuciones reunidas en: Sandra GAYOL y Gabriel KESSLER, *Muerte, política y sociedad...* cit.

⁵¹ Katherine VERDERY, *The Political Lives of Dead Bodies. Reburial and Postsocialist Change*, Nueva York, Columbia University Press, 1999.

A primera vista, estas muertes anónimas no parecen ser muertes políticas. Sin embargo, devienen políticas por cuanto impugnan y desafían el poder del Estado. La protesta social, la denuncia pública y penal de familiares, vecinos y organizaciones, politizan estas muertes.⁵² A través del trabajo simbólico de familiares, vecinos y organizaciones se restituye humanidad a los muertos. Convierten el cadáver que fue “muerto como un perro” en una persona.⁵³ Estas sofisticadas etnografías muestran a los activistas, a un tipo particular de ellos, y a las formas específicas y locales en que las muertes son politizadas.

Pero las muertes producidas por la violencia del Estado permiten otras articulaciones. En mi investigación en curso articulo muertes violentas/problemas públicos y cambios en la Argentina de los últimos cuarenta años. Varias muertes violentas, es decir, intencionales y hacia seres indefensos por parte de quienes tienen poder pueden tener la capacidad de plantear problemas públicos. Es decir, temas y acciones que movilizan a sectores de la sociedad, concitan la opinión de los expertos y reclaman la intervención de las autoridades.⁵⁴ A través de muertes violentas que conmocionan y movilizan a sectores de la sociedad es posible conocer los temas, o al menos parte de ellos, que concitaron interés público. Las respuestas de éstos y sus propias acciones y propuestas permiten, a su turno, pensar los cambios que genera o agiliza una muerte violenta. Esta triple articulación, muerte violenta/problemas públicos/cambios, es una herramienta eficaz para pensar de manera diferente los procesos de transición democrática en América Latina. ¿Por qué algunas muertes pasan al espacio público, se politizan, reclaman a los gobiernos y motorizan cambios y otras muertes similares carecen de tales capacidades? La respuesta es compleja pero la evidencia disponible sugiere que se debe considerar la coyuntura política en la que se produce la muerte, como se van involucrando públicamente diferentes actores con ella, la capacidad de ésta muerte de remitir a otras muertes similares y de mantenerse como noticia en los medios masivos de comunicación y, también, que la causa/s que provocó la muerte atente contra las prácticas culturales y las expectativas sociales de lo que debe ser una “buena muerte” y un “buen entierro”. Por supuesto que en esta configuración de variables la muerte ya no es sólo una ruptura de lazos sino también es un proceso de comunicación e interacción social y política.⁵⁵

Para finalizar este sinuoso recorrido quiero retomar la afirmación de Michel Vovelle que mencioné al inicio de este artículo. Según el célebre historiador francés, los estudios de la muerte comenzaron siendo “únicamente un jardín a la francesa cuyo monopolio tenían los modernistas”. Es evidente que hoy no es así. No sólo este recorrido breve y personal lo sugiere sino también las revistas y los grupos de investigación que en distintas geografías se están ocupando del tema desde alguna de las perspectivas aquí mencionadas. Si la revista *Annales d'histoire économique et sociale* fue la primera en publicar artículos sobre la muerte hoy, y sin ser exhaustiva, el *Journal of Social History*, *Social History of Medicine*,

⁵² Para el pasado reciente argentino tres trabajos clásicos: Laura GINGOLD, *Memoria, moral y derecho. El caso de Ingeniero Budge (1987-1994)*, México, FLACSO, 1997. Sofía TISCORNIA, *El activismo de los derechos humanos y burocracias estatales. El caso Walter Bulacio*, Buenos Aires, Ediciones Del Puerto-CELS Colección Antropología Jurídica y Derechos Humanos, 2008. Sofía TISCORNIA y María Victoria PITA (eds.), *Derechos humanos, tribunales y policías en Argentina y Brasil. Estudios de antropología jurídica*, Buenos Aires, Antropofagia, 2005.

⁵³ María Victoria PITA, *Formas de morir y formas de vivir. El activismo contra la violencia policial*, Buenos Aires, Ediciones del Puerto-CELS, 2010.

⁵⁴ Joseph GUSFIELD, *La cultura de los problemas públicos. El mito del conductor alcoholizado versus la sociedad inocente*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014.

⁵⁵ El estudio sobre las muertes violentas en la Argentina de los últimos cuarenta años lo realizo conjuntamente con Gabriel Kessler. Las breves referencias a las que aludí en el cuerpo central del texto se encuentran con más detalle en: Sandra GAYOL y Gabriel KESSLER, “Violent death, public problems and changes in the transition to democracy in Argentina”, *Current Sociology*, núm. 32, 2016.

Death Studies, Journal of Economic History, Mortality y la reciente *Human Remains and Violence: An Interdisciplinary Journal* son de consulta obligatoria para todos aquellos que se interesen por la muerte y los muertos.